

COLECCIÓN POPULAR

713

NÚMEROS PÚBLICOS

Serie Breves
dirigida por
MARIANO BEN PLOTKIN

CLAUDIA DANIEL

NÚMEROS PÚBLICOS

Las estadísticas
en Argentina (1990-2010)



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2013

Daniel, Claudia

Números públicos : Las estadísticas en Argentina
(1990-2010) . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Fondo de Cultura Económica, 2013.
304 p. ; 17x11 cm.

ISBN 978-950-557-987-7

1. Estadísticas. 2. Sociología. I. Título
CDD 310.4

Diseño de tapa: Juan Balaguer

D.R. © 2013, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carretera Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-987-7

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA – *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Introducción</i>	11
I. <i>914. Riesgo país, el termómetro de la crisis</i>	39
II. <i>+/- 2,5. Ascenso y traspié de las encuestas políticas</i>	107
III. <i>1,1%. El índice en cuestión</i>	185
<i>Reflexiones finales: qué nos deja debatir acerca de números</i>	263
<i>Bibliografía</i>	285

AGRADECIMIENTOS

EN PRIMER LUGAR, quiero agradecer al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), que desde hace ya algunos años viene apoyando mi trabajo de investigación en el área de la sociología y la historia de las estadísticas, un campo de estudios poco explorado aún en nuestro país. En este camino, conté con la compañía y la orientación amable y desinteresada de las dos personas que fueron capaces de generar la primera huella: los investigadores Hernán Otero y Hernán González Bollo, a quienes agradezco haberme acercado a mucha de la literatura, los enfoques y las preguntas que subyacen a este libro.

El Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) me abrió sus puertas para que emprendiera mi tarea, y los debates e intercambios del Grupo de Estudios sobre Saberes de Estado y Elites Estatales allí radicado nutrieron muchísimo mi mirada. Estoy muy agradecida por la oportunidad de aprender y enriquecerme que las personas que conforman estos espacios me han brindado.

De algún modo, este estudio es deudor también del contacto, diálogo e intercambio con investigado-

res de otros países de la región con quienes tengo preguntas e intereses afines: Nelson de Castro Senra, Leticia Mayer Celis, Jean Pierre Beaud, Alexandre de Paiva Rio Camargo, Natalia Lacerda Gil, así como otros miembros fundadores de la Asociación de las Américas por la Historia de las Estadísticas y el Cálculo de las Probabilidades (AAHECP).

Quiero hacer llegar también mi gratitud a todos los miembros de la cátedra Forte de Sociología General de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires por su apoyo y aliento. Mi profundo agradecimiento a Daniel Cabrera, Jimena Caravaca, Mariana Heredia, Luisina Perelmiter y Gabriel Vommaro, por sus lecturas, sugerencias y comentarios a los borradores de los capítulos. El apoyo y el estímulo constantes de Mariano Ben Plotkin, director de la colección, contribuyeron enormemente para que hoy pueda decir “misión cumplida”. A él le estoy enormemente agradecida por la confianza que ha depositado en mí.

Este libro no habría podido ser sin el acompañamiento, la paciencia y el afecto de Juan, Ema y Lorenzo. A ellos, gracias por todo.

INTRODUCCIÓN

LAS ESTADÍSTICAS han adquirido una particular significación cultural y política en la Argentina actual. Hasta no hace mucho tiempo, la mayor parte de las cifras estadísticas que despertaban el interés general circulaban ampliamente como una suerte de evidencia incuestionada. Esos datos o piezas de información cuantitativa sobre asuntos sociales, políticos, económicos o culturales son hoy objeto de disputas políticas, materia de controversias técnicas, tema de columnas periodísticas e incluso objeto de tratamiento en fueros judiciales. En pocos momentos como este, la estadística, como herramienta técnica de construcción de generalidades, se ha convertido e instalado de manera duradera como foco de encendidas disputas.

Este libro no se sumerge en el mundo de la estadística en tanto disciplina científica formal, sino que propone pensar a las estadísticas como objetos culturales, elaboraciones expertas que resultan de prácticas sociales de clasificación, registro, recuento, comparación de distintos aspectos o dimensiones de la realidad, desarrolladas tanto en instituciones pú-

blicas como privadas, que contribuyen a su vez a que esa realidad se vea crecientemente inundada de números. Dentro del gran universo que representan las estadísticas (que pueden ser médicas, demográficas, económicas, meteorológicas, criminales, de consumo y muchas más), nos referimos a un subconjunto particular, el que designamos como “números públicos”: cifras, indicadores, índices, porcentajes, tasas, promedios que forman parte de relatos científicos o técnicos especializados, pero que supieron trasvasar el ámbito de aplicación para el que inicialmente fueron creados, para convertirse en categorías de percepción de la realidad social de múltiples y dispares actores sociales.

Lo que caracteriza, en particular, a los números públicos es una amplia circulación que trasciende los márgenes estrechos de ámbitos especializados. Se trata de números que lograron convertirse en objetos de atención mediática y que, en este plano, suelen ser presentados como sinónimo de objetividad y certeza, o denostados y sacrificados. Pero, una vez colocados en la esfera pública, están sujetos a apropiaciones diversas, se prestan a usos eruditos y legos, teóricos y prácticos; en el tránsito de un dominio a otro, son readaptados, traducidos, resignificados.

Los números públicos que nos interesan en este libro son los que, en cierto momento, o por determinada circunstancia, llegaron a colonizar el senti-

do común. Los números públicos tienen ese alcance porque encarnan, en la mayor parte de los casos, la objetivación de un aspecto de la realidad considerado socialmente como problemático, que está siendo foco de las miradas y que es asunto del debate político. Al mismo tiempo, el lenguaje estadístico interviene de manera activa en la configuración de esa cuestión como problema social, desde el lugar central que alcanzaron a ocupar las formulaciones expertas en las sociedades modernas. Desde el ángulo de sus usos sociales, los números públicos se prestan a utilidades diversas, que van de auxiliar a grupos sociales que necesitan dotarse de visibilidad pública a convertirse en canal de presión de los más poderosos.

Los números públicos se sostienen sobre un piso de confianza social pero, como tendremos ocasión de ver retratado en las páginas de este libro, esa confianza puede ser retirada por los agentes sociales sin que por ello dejen de ser números públicos. En este sentido, de lo que trata el presente libro es de objetos que pueden ser tanto merecedores como no del crédito social. Las personas pueden darlos por sentados, es decir, colocarlos fuera de toda duda, o volverlos objeto de impugnaciones, denuncias, críticas y de las más enconadas polémicas.

En la Argentina de los últimos años, fue el índice de precios al consumidor, en particular, el que atrajo

la atención de todos. Un tema que había quedado temporariamente relegado en la lista de prioridades de la sociedad durante la etapa de la convertibilidad se trasladó de nuevo al centro de la agenda política. La medición asociada a la inflación se convirtió en una cuestión controvertida que, desde un primer momento, trasvasó el dominio experto para constituirse en un problema de cariz político. Político porque, en primer lugar, una vez convertida esta en una cuestión de interés general, intervenir en la polémica o argumentar sobre el tema empezó a ser identificado con una posición defensiva o crítica del gobierno. Una cuestión política porque supone, además, una toma de posición respecto de cuál debería ser el rol del órgano nacional de estadísticas. En el debate se confrontan modelos relativos tanto al contenido como al sentido o la orientación de la tarea estadística; cada una de las posiciones otorga un significado particular a la relación entre técnica y política y un peso diferencial a los términos de esta ecuación.

Pero se trata, antes que todo, de una cuestión política porque lo que está en discusión, en última instancia, son los instrumentos a través de los cuales el Estado nombra, clasifica, compara, jerarquiza los hechos y los grupos sociales. Una práctica política per se, ya que se trata de definir y establecer lo que colectivamente asumimos como realidad.

SU RELEVANCIA ACTUAL

Las estadísticas oficiales atraviesan una crisis de credibilidad. Varios de los números producidos por la agencia estatal responsable de diseñar, elaborar y difundir datos estadísticos dejaron de ser objeto de confianza pública. Sin embargo, aun puestas bajo sospecha, las estadísticas no han perdido el lugar ganado desde hace tanto tiempo en el debate político. En la esfera pública las estadísticas devinieron argumentos de peso gracias a la expansión de la creencia de que la cuantificación es una forma más válida y veraz que la opinión, la creencia o la intuición. Con cifras estadísticas se busca suplantar, o más bien relegar a otro plano, los juicios personales y las impresiones particulares en las intervenciones políticas. El lenguaje de los números fue invadiendo poco a poco la discusión pública desde el momento mismo en que la generación de estadísticas se consolidó como una actividad regular del Estado. Así, dirigentes políticos y sociales, funcionarios, periodistas, intelectuales, entre otros, buscaron y buscan revestir sus figuras, posturas o decisiones de la legitimidad que les otorgan los números públicos.

Además, las estadísticas adquirieron claramente un papel cada vez más importante en los procesos de construcción de la relevancia de una cuestión en el espacio público. Las estadísticas se han convertido

en una herramienta clave para interpretar los dilemas de la Argentina contemporánea. Asimismo, las cifras son valoradas por la sociedad como un punto de partida fundamental para alcanzar soluciones políticas a esos problemas.

Por todas estas cuestiones, y las polémicas que las envuelven, resulta fundamental traer a primer plano algunas de las características de estos números tan peculiares.

Prestigio

Una de las características más salientes de las estadísticas es que cuentan con un alto nivel de prestigio social. Son consideradas piezas de argumentaciones y explicaciones científicas, lo que las convierte al mismo tiempo en un lenguaje universal y en supuestas manifestaciones de “la verdad”. Esto resulta curioso, ya que, al mismo tiempo, la frase acuñada en el siglo XIX que identifica a las estadísticas como una forma culta o erudita de la mentira continúa con total vigencia en el saber popular.

Las estadísticas se ven beneficiadas del prestigio que les traslada una actividad que detenta un alto valor social como la ciencia, lo que combinan en ocasiones con la autoridad emanada de expresar la voz oficial. Son el lenguaje con el que habla el Esta-

do. Los procesos mismos de construcción de los Estados modernos estuvieron estrechamente ligados a la formación de dispositivos burocráticos específicos orientados a registrar, clasificar y organizar información cuantitativa sobre múltiples cuestiones. Ello les permitió a los Estados acumular un recurso fundamental para el ejercicio de la dominación política como es la información, en una etapa en que las modalidades punitivas o más violentas de ejercicio del poder cedían lugar a formas de gobierno sobre poblaciones, o subpoblaciones particulares, que se basaban en la generación de conocimientos sobre ellas y procuraban fines específicos vinculados a la regulación de las mismas (lo que el filósofo francés Michel Foucault señaló como la “biopolítica”). La estadística fue un factor técnico central de ese arte de gobierno.

Aunque en un país como el nuestro el Estado ha sido una institución social tradicionalmente devaluada ante la mirada general, con su accionar y sus cuadros burocráticos tantas veces descalificados, conserva su autoridad en términos de establecer principios de percepción de la realidad, válidos para el conjunto de la sociedad, así como continúa monopolizando instancias de acreditación social. Las estadísticas oficiales aportan esquemas y categorías de interpretación consideradas legítimas (es decir, tomadas, por un lado, como necesarias y adoptadas,

por el otro, como matrices que se ajustan a la realidad) para describirnos como sociedad y representarnos como país.

Además, el aura matemática le aporta a las estadísticas la apariencia de rigor, precisión y universalidad que completa los elementos que hacen de ella una herramienta tan prestigiosa. La objetividad y la imparcialidad son atributos socialmente asignados que contribuyen a dotar de credibilidad a las cifras estadísticas, y eso las termina de convertir en un instrumento poderoso de definición de la realidad.

Compromisos y (des)acuerdos

Junto con su prestigio, la segunda de las características distintivas que queremos resaltar de las estadísticas es que, en alguna medida, esas cifras resultan ser portadoras del “germen” de su propio cuestionamiento, aunque este quede eficazmente oculto tras fórmulas impersonales y números precisos. Provenientes de universos especializados, las estadísticas suelen presentarse y circular como objetos complejos, cerrados, compactos. Pero las estadísticas son fruto de procedimientos y conceptualizaciones expertas, que están a la vez sujetas a acuerdos y convenciones. Los indicadores económicos y sociales son mediciones técnicas estabilizadas sobre una base de consenso.

Consenso entre técnicos que definen cuáles son las formas consideradas por ellos adecuadas y precisas de medir ciertos fenómenos sociales. Acuerdo entre técnicos estatales, por ejemplo, y la comunidad científica por el que sus miembros reconocen la validez y confiabilidad de las mediciones oficiales y las utilizan como fuentes. Convenciones entre organismos estadísticos nacionales y transnacionales por las que los primeros se ajustan a normas internacionales de comparabilidad a cambio del reconocimiento otorgado por las instituciones respetadas a nivel global. Concordancia entre técnicos y políticos que comparten la valoración de la importancia de aquello que “debe” ser medido y que convergen en atribuirles cierta utilidad a esas cifras. Conformidad también con los designios técnicos de parte de distintos grupos sociales: de quienes son objeto de la medición, que aceptan las variables y categorías a través de las cuales son contados y clasificados, así como de aquellos que integran esas cifras a sus prácticas sociales depositando su confianza en elaboraciones expertas que les son totalmente ajenas, pero que consideran fiables.

Estos compromisos no son siempre el resultado de procesos armoniosos, sino que involucran también conflictos, malentendidos y discusiones. En la medida en que existe una variedad de formas alternativas de medir una misma cosa, el camino final-

mente adoptado descansa en una decisión subjetiva o intersubjetiva que es el principio de la crítica de quienes no comparten los criterios y los valores asumidos. Por eso, decimos que anida en ellas la semilla de su propia crítica. Los actores sociales que participan de una manera más o menos directa del proceso de elaboración y reconocimiento social de las estadísticas pueden ver afectados sus propios intereses en esa decisión, lo que hace que ellos den o quiten su respaldo (explícito o tácito) a esas cifras.

Por lo tanto, las estadísticas son, en realidad, algo más que piezas simples de información, están atravesadas por disputas y consensos, alianzas entre actores y rupturas, ideas e intereses sociales y políticos. Forman parte de una trama en que se entrecruzan la “razón técnica” de los especialistas y las motivaciones, las concepciones y los intereses de los distintos participantes sociales. Pero —entiéndase bien— no es este su pecado de origen, sino que esto forma parte de su naturaleza social.

Performatividad

Las estadísticas encapsulan en formas rígidas y estandarizadas porciones de aquello que denominamos colectivamente como “la realidad”. Si hay algo para destacar, en tercer lugar, de las estadísticas, no

es que sean falsas o verdaderas, sino que tienen la capacidad de configurar la realidad que están orientadas a medir.

En general, las estadísticas nos son presentadas como un pedazo de la realidad travestido en valores numéricos. Las estadísticas se identifican de manera usual con fotografías o espejos, porque son entendidas como un instrumento que refleja la realidad de manera directa. Pero los hechos que las estadísticas supuestamente muestran fueron contruidos con anterioridad, es decir, elaborados y configurados mediante esfuerzos de objetivación que involucran recortes, selecciones, clasificaciones, todas acciones necesarias para dotar de un sentido objetivo y estable a la realidad.

Supongamos que dos economistas no se ponen de acuerdo sobre si el país entró o no en una recesión económica; el valor alcanzado por un indicador estadístico, el crecimiento del producto bruto interno (PBI), dirime la cuestión. Ese número no solo designa que estamos viviendo una recesión, sino que también establece esa realidad como tal para el conjunto de la sociedad. Algo similar podemos decir del desempleo; este constituye un problema social a partir de la tasa estadística que lo expresa y configura como fenómeno colectivo. Esto significa que aquello que los números representan de manera formalizada —siempre, claro está, que sean considerados válidos por gran

parte de los miembros de la sociedad— construye en ese mismo acto al hecho social. Sabemos que una persona no es más o menos pobre por lo que dicte el umbral impuesto por la estadística oficial, pero la estadística pública ha dado solidez y permanencia a categorías sociales de (auto)identificación de grupos que, a partir de esa nominación oficial, se han vuelto sujetos pasibles de determinadas políticas públicas o, a través de esa identidad oficialmente reconocida, han podido articular demandas hacia el Estado. El mundo que nos rodea no está meramente reflejado, sino también instituido por indicadores estadísticos.

Claro que, entendidas en términos simples, las estadísticas aparecen como un instrumento que solo describe la realidad. Sin embargo, las cifras no se limitan a expresar una realidad que les es totalmente externa o ajena, sino que tienen efectos sobre ella, la moldean, le otorgan un sentido. Las estadísticas son herramientas que describen y prescriben, al mismo tiempo; es decir, cuando designan algo, le dan existencia a los ojos de toda la sociedad.

Algunas estadísticas, además, llegan a organizar esferas de la práctica social. Dada su legitimidad pública, una multiplicidad de personas hace uso de esos números para dar un marco de estabilidad a sus interacciones (tratos comerciales, contratos laborales, sentencias judiciales, etc.). Hoy en día, las estadísticas forman parte de ciertas dimensiones de la vida

social, como las transacciones entre agentes económicos cada vez más imbuidas en informaciones expertas. Las cifras estadísticas organizan patrones de interacción social: aportan categorías para leer la realidad y para actuar de manera combinada con otros actores en ese marco. Existen medidas estadísticas inscriptas en formas de negociación colectivas, como, por ejemplo, las paritarias, y envueltas en obligaciones legales. Las estadísticas constituyen un elemento cognitivo que se ve involucrado en la orientación de un abanico diverso de prácticas sociales, además de formar parte de las estrategias argumentativas de fundamentación *ex post* de muchas acciones o ser recursos de legitimación de las políticas públicas (de sus orientaciones o de sus resultados).

DESNATURALIZAR LAS CIFRAS

Cuando las estadísticas son entendidas en términos simples, solo como un lenguaje que describe la realidad, lo que se hace es desprenderlas o más bien depurarlas de su génesis histórica y de los múltiples intereses y usos sociales con los que se vinculan. Sin embargo, las estadísticas son producto de una gestación social históricamente situada en la que se invierten todo tipo de recursos. Su elaboración es el resultado de prácticas ubicadas en entornos sociales

y políticos concretos que, de algún modo, moldean a las estadísticas. Aquello que miden, cómo lo miden, quiénes lo miden, para quiénes lo miden, a través de qué elecciones y selecciones son cuestiones que surgen de configuraciones históricas, económicas, políticas, sociales e incluso del orden de lo que puede llegar a ser conocido por una sociedad, en determinado momento, con el acervo de recursos, conceptos y conocimientos de que dispone.

Es en circunstancias y condiciones sociales y políticas particulares que se definen relevancias temáticas, que se consideran cuestiones como cosas pertinentes de medir, que se promueven o invalidan ciertas formas de conceptualizar y clasificar al mundo social, que se da o se niega visibilidad pública a objetos, herramientas o agentes productores de estadísticas, que se imponen o no restricciones económicas, políticas, tecnológicas a la actividad, y esto va cambiando con el transcurrir del tiempo. A lo largo de la historia de un país, hay incluso objetos estadísticos que han surgido y otros que han entrado en desuso. Determinado contexto puede volver relevante una cuestión, colocarla en la agenda de los asuntos públicos e impulsar una investigación sobre un sector de la realidad social que, hasta ese momento, no era socialmente valorado como importante y que, por lo tanto, no ameritaba invertir recursos públicos o privados en su medición.

Así, por ejemplo, los efectos que el quiebre de la Bolsa de Nueva York en 1929 y la crisis abierta en 1930 tuvieron en nuestro país, la relevancia inusitada que adquirió el fenómeno del desempleo en Estados Unidos, la preocupación compartida por dirigentes políticos locales de diferentes filiaciones por los efectos de la crisis económica en los niveles de ocupación locales, la maduración de la cuestión de las regulaciones estatales en materia laboral y las protecciones sociales instaladas como una necesidad en el debate público de nuestro país confluyeron en generar el escenario propicio para la emergencia de una primera medición estadística de la desocupación como fue el Censo Nacional de Desocupados realizado en Argentina en 1932. Sin embargo, el recuento de los sin trabajo no se instaló como una rutina estadística sino hasta varias décadas más tarde.

Los objetos estadísticos mismos tienen una historia: el intercambio comercial de Argentina con el mundo es, junto con las de la inmigración, una de las primeras estadísticas que se vienen llevando con regularidad desde la segunda mitad del siglo XIX. Los desempleados, en cambio, se empezaron a contar sistemáticamente en la segunda mitad del siglo XX, mientras que la pobreza como objeto mensurable fue la resultante de una empresa técnica desplegada recién a comienzos de los años ochenta.

CAMPO DE EXPERTISE

A través de los números, los fenómenos sociales aparecen como “hechos probados”, cuantificados y normalizados; normalizados en el sentido de estar dotados de estabilidad, de permanencia y, al mismo tiempo, de formas estandarizadas para pensarlos. Así encapsulados en formulaciones matemáticas, son movilizados por los expertos en sus argumentaciones públicas.

Al mencionar a los expertos, hacemos referencia a aquellos especialistas que participan en la elaboración de números públicos, en su difusión e interpretación. Si bien la definición engloba a personas de muy diversa formación profesional (no solo a titulados en la carrera de Estadística, sino también a economistas, sociólogos, matemáticos, ingenieros, politólogos, entre otros), sus puntos en común son varios: cumplen un rol como productores especializados de estadísticas reconocidos socialmente, demuestran una alta competencia en la manipulación de índices, indicadores, estimaciones y movilizan estos recursos y saberes técnicos para legitimar sus discursos e intervenciones públicas. Se trata de personas que, incidentalmente, pueden estar ubicadas en distintos lugares del espacio social: funcionarios de gobierno o de agencias internacionales, consultores, académicos, investigadores, operadores de mercado, *lobbistas*

o periodistas. Se los puede adscribir de manera transitoria a uno u otro de estos espacios porque, en general, tienen la particularidad, justamente, de circular entre ellos.

Los expertos se mueven con soltura en los subuniversos especializados que conforman. Estos espacios están estructurados por relaciones de alianza y competencia entre los actores que los componen, y cuentan con instituciones, lugares y modalidades propias de validación y transmisión de saberes. Las lógicas y la dinámica que organizan estos espacios también intervienen en la definición de los números públicos.

La estadística es un instrumento que permite a los expertos construir generalidades como resultado de un esfuerzo de objetivación fundado, como dijimos, en convenciones. Estas convenciones se vuelven compromisos cognitivos e institucionales asumidos por los expertos, pero suelen quedar veladas en sus intervenciones públicas. Las representaciones sociales generadas a través de las estadísticas son lo suficientemente estables como para resultarles útiles en contextos y circunstancias diferentes, ser trasladables de un espacio a otro y de un momento a otro del tiempo (desvinculadas de su contexto particular de formulación). Las representaciones así construidas trascienden las particularidades individuales y de esta manera los expertos están en condiciones de brindar elementos sólidos para la

gestión de los problemas sociales y la definición de las políticas públicas. Es en este sentido que las estadísticas son también herramientas prácticas o que existen para la práctica.

DISCUTIR CON NÚMEROS

Es fundamental reconocer la participación de las estadísticas en el proceso mismo de construcción de los problemas públicos. Tan solo con pensar en las cuestiones que alcanzaron centralidad en la agenda política durante las últimas décadas: inflación, desempleo, pobreza, inseguridad —todos términos traducidos en el espacio público a expresiones formalizadas y estandarizadas como índices, tasas o porcentajes—, el rol de las herramientas estadísticas en la definición de los problemas colectivos surge de manera contundente. La estadística suele ser el instrumento privilegiado para hacer visible una situación, convertirla en una cuestión digna de atención social. En este sentido, las cifras son canales generadores del reconocimiento social de una cuestión como problemática. Gracias a la legitimidad científica que portan, contribuyen a insertar esa cuestión, o a reforzar su lugar, en el campo de las preocupaciones sociales compartidas por una sociedad. Se trata, por lo tanto, al mismo tiempo, de una

herramienta de conocimiento y de construcción de problemas públicos.

Fue el sociólogo francés Alain Desrosières quien advirtió que el lenguaje estadístico había hecho posible el despliegue de cierto tipo de espacio público en las democracias modernas (2004: 366). En su opinión, las estadísticas cumplen un papel crucial: producen los objetos convencionales, pero sólidos a la vez, que circulan y forman parte de las representaciones comunes a una sociedad. El lenguaje estadístico aporta las referencias en relación con las cuales los agentes sociales designan las cosas, establecen comparaciones y equivalencias, asignan metas y medios, dividen a la sociedad en grupos, califican a otros o se califican. Ciertas categorías y formas de comprender el entorno social se difunden y popularizan a través de ellas. Así se va tejiendo un marco de entendimiento compartido que hace posible el debate democrático.

Las estadísticas constituyen uno de los lenguajes convencionales de referencia que utilizamos para referirnos al mundo (Desrosières, 2004: 365). En el plano de la dinámica democrática, nos posibilitan evitar conflictos o caer en constantes renegociaciones respecto de los parámetros comunes a partir de los cuales discutimos, como sociedad, los problemas colectivos. En Argentina, si hay una etapa que se caracteriza por un esfuerzo más o menos articulado para dotar de

un lenguaje común al debate en la vida pública y, de esa manera, unificarlo (no en términos de homogeneizar sus posiciones u orientaciones, sino de brindarle un código o sistema de referencias compartido para el disenso), es la que va de los años 1960 a 1990. Si bien el aparato estadístico nacional cuenta con una historia más extensa —sus primeras oficinas datan de las últimas décadas del siglo XIX, y en ellas se desempeñaron los primeros estadígrafos locales (Otero, 2006; González Bollo, 2007; Daniel, 2010)—, hacia fines de la década de 1950 y principios de la siguiente, podemos encontrar el punto de inicio de una serie de emprendimientos sociotécnicos orientados a generar y estabilizar ese lenguaje común, que se sucedieron unos a otros. Teniendo en cuenta también la creación del propio Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) en este lapso (en el año 1968), esas empresas técnicas fueron: la elaboración de las cuentas nacionales, la organización de la estadística pública sobre principios sistémicos, la regularidad decenal de los censos, la proliferación de encuestas por muestreo, los programas de medición del desempleo, el costo de la vida y la pobreza, los que siguen aportando hoy los indicadores económicos y sociales que nutren las discusiones públicas.

Lo que se fue gestando durante esos años, y a través de ese cúmulo de objetivaciones y clasificaciones expertas, es un espacio cognitivo común que logró

una fuerte legitimidad social. Este espacio relativamente coherente, formado por objetos estadísticos y términos especiales para designarlos, suponía acuerdos, negociaciones, dudas e incluso disensos que pasaron a un segundo plano una vez que esas cifras se convirtieron a ojos de todos en instrumentos sólidos, es decir, devinieron instituciones estables.

DISCUTIR SOBRE NÚMEROS

Sin embargo, las polémicas en torno a las estadísticas se reactivan de tanto en tanto y no solo en Argentina, sino también en gran parte de los países. Sin necesidad de traer a colación las dudas y los cuestionamientos que despertaron las cifras del órgano nacional de estadística pública, surgen rápidamente ejemplos para la enumeración: las acusaciones recientes de manipulación en los cálculos de las cuentas públicas en Grecia, la polémica en la opinión pública uruguaya en torno al censo antes de 2011 o en Brasil alrededor de los resultados del censo agropecuario de 2006 y de la clasificación del Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE) relativa a la agricultura familiar, la batalla de encuestas públicas y privadas de victimización en Chile durante el mismo año o las recientes discusiones respecto de los números de pobreza presentados por el gobierno de

Sebastián Piñera. Yendo para atrás: el resonante debate entre demógrafos franceses acerca de los criterios y las categorías estadísticas de la inmigración y sus implicancias sociales en la segunda mitad de los años noventa y la polémica en torno a la utilización del muestreo como metodología en los censos de población de Estados Unidos. O más atrás: las discusiones y la pérdida de confianza en el índice de precios al consumidor en México durante la crisis de la deuda.

Podríamos seguir así buceando en la historia y en diferentes realidades nacionales. Todos suelen ser debates de repercusión pública que ponen en primer plano omisiones, inconsistencias, manipulaciones, selectividades, vicios, complicidades e inclinaciones de las otrora imparciales y robustas estadísticas. En realidad, desde nuestro punto de vista, se trata de momentos en que las redes de actores, instituciones, saberes, instrumentos de medición y formas cognitivas que sustentan a las cifras empiezan a tambalear (aunque es raro que se derrumben por completo). Un juego de tironeos, disputas y tensiones sale a la luz pública. Las estadísticas se ven despojadas de sus ropajes “asépticos” y desnudan su carácter convencional.

Las discusiones y polémicas en torno a los números públicos ponen en evidencia los límites de la operación de construcción de sentidos fijos y estables para el debate público que se realiza a través de las estadísticas (Desrosières, 2004: 361). Si bien la naturaliza-

ción de las estadísticas contribuye a que en una sociedad esos sentidos perduren en el tiempo, el proceso nunca queda cerrado por completo por más firme que sean las convenciones y el entramado de actores e instituciones sobre los que se apoyan las estadísticas.

NÚMEROS, ATRACCIÓN Y DESPUÉS... ¿QUÉ?

En Argentina, la estadística se ha consagrado como un lenguaje capaz de modular narrativas sobre los problemas del país. Pese al reproche generalizado de profesionales y especialistas en la materia respecto de la carencia de conocimientos estadísticos en la población y de la incomprensión de la que son objeto, la constante presencia pública de cifras, índices, estimaciones, gráficos, tablas, proyecciones, puestos a disposición en los ámbitos y momentos más variados, indican cuán afianzadas se encuentran las estadísticas como principios de lectura de la realidad y no solo de cuestiones de la agenda política.

Alcanza con traer a colación pocos ejemplos: es norma que las cuestiones de actualidad se presenten en clave cifrada en noticieros y periódicos que suelen estar poblados de cifras. Incluso en un partido de fútbol las referencias a estadísticas son continuas en los relatos de periodistas deportivos que tampoco resisten la atracción que ejerce la numerología. En las

publicidades que nos rodean al caminar por la calle o en los mensajes televisivos, las categorías de lo bueno, lo justo y lo bello son emparentadas con los resultados de test estadísticos o series numéricas. Cierta devoción por la cuantificación pareciera haberse instalado en nuestra sociedad.

Si bien podría concedérseles a los más entendidos que la abrumadora presencia de las estadísticas no ha garantizado que los modos de apropiación de las cifras se ajustaran siempre y en todos los casos a los cánones establecidos en el dominio especializado (los usos considerados técnicos de la herramienta), su divulgación sí ha sido exitosa en términos de la penetración en las formas culturales de una sociedad, al inclinar las disposiciones de las personas hacia modos de ver, interpretar e incluso valorar la realidad mediatizados por números.

Sean consideradas viles mentiras o fieles reflejos de la realidad a la que se orientan a medir, lo cierto es que las estadísticas se prestan a un uso cada vez más generalizado; forman parte del lenguaje corriente y, en este sentido, podemos decir que constituyen una gramática compartida, puesto que las cifras aportan las categorías y los esquemas a partir de los cuales pensamos e interpretamos la realidad. Por lo tanto, como códigos de lectura de la realidad, contribuyen también a la formación de un imaginario acerca de quiénes somos y qué nos pasa como sociedad.

Sin embargo, la atracción por los números que claramente se observa en nuestra sociedad resulta algo curiosa. Por un lado, le asignamos un alto valor social a la información cuantitativa. Pero, al mismo tiempo, poco nos hemos preguntado respecto de cuáles son los procesos y las dinámicas sociales propias de elaboración y circulación de esos números, qué efectos sociales provocan, sobre qué principios y fundamentos se organizan, quiénes los producen, con qué propósitos, ligados a qué intereses. Las razones de esta falta de interrogación se encuentran en parte en el tipo de lazo entablado con las estadísticas: la fiabilidad sobre la que se sustentan no nos exige conocer fehacientemente las respuestas a esas preguntas. Sin embargo, podemos rebelarnos como sujetos algo más curiosos y ahondar un poco más allá, como lo propone este libro.

ACERCA DE ESTE LIBRO

El presente libro recrea la vida pública reciente de tres casos paradigmáticos de *números públicos*: el índice de riesgo país, los resultados de las encuestas preelectorales y el índice de precios al consumidor.

Jugando con la imagen de imparcialidad y precisión a la que se ven asociadas las estadísticas, cada capítulo lleva como título un número. Número que

cobra sentido en la trama argumentativa del capítulo, orientada en todos los casos a recuperar las condiciones sociales de producción, divulgación y consumo de esos números públicos y a prestar atención a los debates y tensiones que subyacen a indicadores estadísticos consolidados.

El primer capítulo nos lleva a ver cómo un número público, el índice de riesgo país, pasó de ser un vocablo financiero de validez dudosa a una palabra de uso diario, tema de conversaciones informales y cotidianas. En este capítulo se describen las circunstancias que, en la coyuntura crítica de 2001, contribuyeron a convertir un índice hasta entonces dominado fundamentalmente por expertos en una representación social poderosa que cautivó el imaginario de los argentinos. El seguimiento del comportamiento de este índice durante el desenvolvimiento de la crisis nos permite tanto dar cuenta del prestigio de que se envisten ciertos dispositivos técnicos de medición como reconocer los efectos sociales y políticos concretos que logran generar los números públicos.

En el segundo capítulo del libro nos ocupamos de otros números que circularon con frecuencia y alcanzaron notoriedad pública en los últimos años: los resultados de los sondeos políticos. Al concentrarnos en la etapa de auge de esta herramienta en la vida política argentina —que fue, paradójicamente, también la de mayor crítica pública a las encuestas

preelectorales—, podemos observar los procesos sociales tanto de enaltecimiento como de generación de desconfianza en torno a un número público, viendo en cada caso las actitudes y estrategias de sus elaboradores expertos para (re)componer la legitimidad de la herramienta y su propia credibilidad social. Reaparece en este capítulo el carácter performativo de los números públicos al introducir cómo estas encuestas han transformado las formas consideradas socialmente legítimas de hacer política y en qué medida son capaces de moldear la opinión pública.

Por último, en el tercer capítulo analizamos el caso del índice de precios al consumidor (en adelante, IPC) que —a casi un siglo de iniciada su carrera ascendente como número público— es hoy objeto de encendidas polémicas. Se trata de un caso bien particular en la medida en que —como supo señalar el antropólogo Federico Neiburg (2005a)— la expresión numérica que se liga a la inflación articula dos ámbitos (en apariencia) distantes, el de la economía erudita y el de la ordinaria, el de la economía como disciplina científica —la de los economistas profesionales— y el de las prácticas económicas, modeladas y orientadas por este índice. Además, en el imaginario de la sociedad argentina, el índice de inflación tiene un peso cultural propio. En este sentido, en el capítulo III nos ocupamos de un número público que está directamente asociado a la idea de crisis, en par-

te debido a que los argentinos contamos con experiencias colectivas traumáticas de pérdida del valor de la moneda nacional que atraviesan a generaciones. Teniendo en cuenta la importancia socialmente atribuida al fenómeno inflacionario, el capítulo explora algunas dimensiones clave de la vida pública de este objeto estadístico singular, su trayectoria histórica, los usos e intereses sociales a los que está asociado, inscribiéndolo en una trama de relaciones sociales y políticas más amplia en la que pueda ser leída (e interrogada) la crisis actual de confianza generada en torno al índice oficial de inflación.